

Respuestas nuevas a preguntas viejas

Octavio Paz

En junio pasado, en Barcelona, el escritor y periodista Juan Cruz sostuvo una larga conversación conmigo, destinada al diario El País. Cruz me envió puntualmente la transcripción de nuestra entrevista pero yo tuve que dejar Barcelona en esos días y no pude revisar el texto sino un mes después. Ante mi silencio y obligado por la tiranía periodística de las fechas y los plazos, El País publicó la entrevista. Lo sentí pues yo había rebecho esas páginas tan completamente que se convirtieron en un texto distinto. De ahí que me atreva ahora a publicarlas en Vuelta. O. P.

NACIONALISMOS EUROPEOS Y AMERICANOS

Juan Cruz: ¿Cuáles han sido los resultados de la experiencia humana de este siglo?

Octavio Paz: Los hombres, como especie, cambiamos poco. Desde el paleolítico nuestras actitudes básicas —instintos, emociones, pasiones— son las mismas. Cambian las sociedades: las ideas, las técnicas, las instituciones. La historia es cambio y la sociedad es el sujeto y el objeto de los cambios. Nuestro siglo ha sido un período de grandes transformaciones y trastornos. Un siglo terrible, uno de los más crueles de la cruel historia de los hombres. Nació en 1914, el año en que estalló la primera gran guerra; en mi niñez oí los tiros de las facciones revolucionarias cuando entraban en mi pueblo. He sido testigo de la guerra de España y de la agresión japonesa en Corea, Manchuria y China; del ascenso de Hitler y de las purgas de Stalin; de la segunda guerra mundial y de las bombas atómicas; de los campos de concentración y de las tiranías y despotismos en Asia, África y América Latina... Entre tantas desdichas, tuve la fortuna de ver el derrumbe del comunismo totalitario y la victoria de la democracia. Pero la historia es una caja de sorpresas y hoy asistimos al regreso de una antigua causa de discordia: los nacionalismos beligerantes.

J.C.: El nacionalismo ¿es un bien o es un mal?

O.P.: Las dos cosas. Es una realidad histórica muy antigua y que ha resistido a todos los cambios de nuestras sociedades. El nacionalismo puede ser destructor o creador. Ha sido el origen de muchas tiranías y el responsable de las guerras de la edad moderna. También le debemos casi todas nuestras instituciones, entre ellas la mayor de todas: el Estado-nación. La lengua, la literatura, las artes, las costumbres y, en fin, todo lo que llamamos cultura, sin excluir a la misma ciencia, es la consecuencia de un hecho básico, primordial: las comunidades humanas, las naciones. Newton y Shakespeare son impensables sin Inglaterra, como Petrarca y Galileo sin Italia o Racine y Descartes sin Francia. Este fin de siglo ha sido el de la desaparición de una ideología internacionalista, el comunismo, y el de la reaparición de las pequeñas

nacionalidades. Es el regreso de realidades que parecían enterradas desde el nacimiento de la edad moderna. La resurrección de las pequeñas naciones es un hecho admirable por más de un motivo; casi todas ellas nacieron en la Edad Media y han logrado preservar su identidad a pesar de más de cinco siglos de dominación de los grandes Estados nacionales. A su vez, el Estado-nación, gran creación de la modernidad, revela hoy sus límites y sus insuficiencias. Para perdurar, tendrá que modificarse substancialmente. En el interior, tiene que hacer frente a una vieja realidad: el regreso de las pequeñas naciones; en el exterior debe enfrentarse a una nueva realidad: la emergencia de la Comunidad Europea. Ambas exigen una limitación de las soberanías nacionales.

J.C.: ¿Es viable el proyecto comunitario?

O.P.: Si fracasase, la situación de la antigua Yugoslavia podría repetirse en todo el continente. En cambio, un organismo supraestatal y supranacional podría garantizar la coexistencia pacífica y democrática de todas las naciones europeas... Ahora comenzamos a darnos cuenta de lo que significó realmente el Imperio Austro-húngaro.

J.C.: ¿Nostalgia de los imperios?

O.P.: De ninguna manera... aunque después de tantos años de retórica antiimperialista es bueno recordar la misión civilizadora de los grandes imperios. Les debemos largos períodos de paz, seguridad y estabilidad. Pienso sobre todo en el Imperio Romano y en el Chino. Esos dos grandes imperios impusieron en sus inmensos dominios la uniformidad, el conformismo y la obediencia; crearon así sociedades homogéneas y relativamente pacíficas pero incapaces de cambiar y que terminaron por petrificarse. El pluralismo, la diversidad y aún la heterogeneidad, por el contrario, son creadores. El pluralismo estimula la competencia y la diversidad favorece la hibridación, es decir, la fecundación. Sin la presencia del extraño, simultáneamente reto y fascinación, las sociedades se repiten, languidecen y mueren. En las grandes épocas creadoras predomina la diversidad. Ejemplos mayores: la Grecia clásica y la Italia del Renacimiento. La resurrección de la civilización europea —hoy aletargada por el confort y anestesiada por la publicidad— depende en gran medida de la coexistencia de las naciones que la componen. Entre los dos grandes peligros —la petrificación burocrático-imperial y la anarquía de los nacionalismos— la vía de salud está en la solución comunitaria.

J.C.: ¿Y en América?

O.P.: América comenzó en el siglo XVI. Fue un nacimiento muy largo y que duró varios siglos. América es la proyección de dos excentricidades: una isla (Inglaterra) y una península (España y Portugal). Las naciones indias anteriores al Descubrimiento desaparecieron; unas fueron exterminadas, otras asimiladas por la evangelización y el mestizaje (racial y cultural). Ciertamente, hay todavía islas de naciones y culturas indígenas

esparcidas en todo el continente. Debemos defenderlas y preservarlas pero no podemos cerrar los ojos ante lo evidente: el predominio de las formas culturales europeas, de la lengua y la religión a las instituciones políticas (democracias republicanas), las ciencias, las artes, las literaturas, las ideas. Desde este punto de vista, que es el único razonable, la polémica sobre el Descubrimiento y la Conquista de América es vana y anacrónica. Es un resabio de las ideologías del siglo XIX. Sin el Descubrimiento, el mundo no sería mundo; sin la Conquista y la Evangelización, América no existiría. Apenas si necesito subrayar, por otra parte, que América, en sus dos vertientes, la de habla inglesa y la de habla española y portuguesa, no es una mera prolongación europea: es una réplica. Una respuesta original y que ha sido y es, simultáneamente, afirmación y negación del pasado europeo. Bastará, para convencerse de la originalidad americana, con dos ejemplos en la poesía, que es el arte supremo del lenguaje: Whitman y Darío.

J.C.: En cuanto al tema de las nacionalidades que hoy nos preocupa tanto a los europeos ¿cuál es la situación en Iberoamérica?

O.P.: Nuestros problemas son muy distintos a los de ustedes. El nacionalismo iberoamericano es reciente: nació en el siglo XIX. Antes de ser una realidad histórica, fue una ideología. A diferencia del europeo, no es el resultado de una larga evolución histórica sino de la desmembración del imperio español y de una serie de accidentes históricos. Se olvida con frecuencia mencionar, entre ellos, las ambiciones desmesuradas de los caudillos de la Independencia. Fueron los agentes activos del desmembramiento. Al otro día de la Independencia, los hispanoamericanos se encontraron sin una ideología que sustituyese a la del exhausto imperio español y adoptaron apresuradamente las vigentes en Europa: la democracia republicana y el nacionalismo. Fueron ideologías de repuesto. Los catalanes, los ucranianos, los vascos, los lituanos, los croatas, son pueblos con lenguas y tradiciones muy antiguas; nada distingue a un cubano de un dominicano, a un nicaragüense de un hondureño, a un uruguayo de un argentino. En la pequeña Suiza coexisten varias lenguas dentro de un solo Estado; en la inmensa América hispana hay muchos Estados y una sola lengua. Nuestra geografía política es irracional. Es la hija de nuestra historia desventurada y del fracaso de la Independencia.

No es posible —tampoco deseable— regresar a la unidad imperial; no lo es buscar formas de organización política que simplifiquen un poco el absurdo mapa político de Hispanoamérica. Es un cambio que exige, previamente, la instauración en nuestras tierras de regímenes democráticos estables. Por el momento, ese proyecto no es ni puede ser sino un proyecto. La supervivencia de dictaduras en Cuba y en Haití, así como el eclipse de la democracia en Perú y las convulsiones de Venezuela, impiden hablar con seriedad de integración iberoamericana. Por otra parte, hay modelos distintos de asociación. Por ejemplo, la Comunidad Europea está fundada no en las semejanzas sino en las diferencias culturales, lingüísticas e históricas de sus miembros. Creo que en América deberíamos explorar ese camino. El futuro Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México puede ser un buen comienzo. Si tiene éxito, como espero, podría completarse y coronarse con una asociación política y cultural de los tres Estados. Expongo y defiendo esta idea en un libro publicado hace dos años: *Pequeña crónica de grandes días*.

Una asociación de naciones de América del Norte sería muy benéfica para todos, sin excluir a los Estados Unidos, que se enfrentan hoy a graves dificultades.

J.C.: ¿En qué consisten esas dificultades?

O.P.: Son de orden económico, político y moral. Incluso la mirada más distraída advierte signos y síntomas de ese "cansancio imperial" descrito tantas veces por los historiadores y sobre el que Montesquieu se detiene largamente al hablar de la decadencia de Roma. Los recientes disturbios sociales revelan que hoy está en entredicho uno de los fundamentos históricos de los Estados Unidos: el "melting-pot", es decir, el principio que ha permitido la asimilación de las minorías. Vastas colectividades —los negros, los hispanos y diversos grupos orientales— han sido excluidos del "melting-pot". Ahora bien, fuera del "melting-pot" no queda abierta sino una vía: la transformación de los Estados Unidos en una democracia multirracional y multicultural. La otra solución, adoptada a veces en otras partes: la división territorial, es imposible por muchas razones. La más obvia: las divisiones y conflictos étnicos no se producen en territorios distintos sino en los mismos lugares y ciudades. La solución no está en la división territorial sino en la convivencia y la coexistencia. Sin la transformación de los Estados Unidos en una democracia multicultural y multirracional, la nación tendrá que enfrentarse a continuas luchas civiles que podrían llevarla a la destrucción o a la dictadura.

A diferencia del imperio ruso, los Estados Unidos, la "República imperial", como los llamó Raymond Aron, no han ejercido nunca una dominación directa sobre pueblos extraños. En este sentido no han sido ni son un imperio. Son una nación singular, hecha de inmigrantes de todo el mundo, especialmente europeos. En esto consiste su inmensa originalidad histórica. De ahí la función cardinal del principio del "melting-pot", un principio radicalmente distinto al que hoy inspira a la Comunidad Europea. En un caso, el "melting-pot": homogeneización por la base; en el otro, el de la Comunidad Europea: preservación en la base de las diferencias y acuerdo en la cúspide. Hoy las luchas y conflictos de las minorías étnicas y culturales de los Estados Unidos revelan el fracaso del "melting-pot": en la base de la sociedad norteamericana no reina la homogeneidad sino la heterogeneidad. Así pues, los conflictos raciales y culturales obligarán a los norteamericanos a reformar substancialmente su federalismo; quiero decir: el federalismo político de los Estados Unidos tendrá que transformarse en otro tipo de asociación, fundada no en la división territorial sino en los particularismos étnicos y culturales. Se trata de un cambio radical y que afecta a los supuestos mismos del proyecto histórico de los Estados Unidos, tal como fue concebido por los "padres fundadores". ¿Podrá el pueblo norteamericano llevar a cabo esta reforma? No lo sé. El estado de la conciencia pública norteamericana me hace dudar de su capacidad para intentar, hoy, una empresa de semejante envergadura. Sin embargo, en el pasado los Estados Unidos lograron dar respuestas originales a crisis y problemas que parecían insolubles... En fin, la historia es el dominio de lo imprevisible.

GUERRA, SEXUALIDAD, ECOLOGÍA

J.C.: ¿Por qué los hombres son reacios a la convivencia con

los extraños? ¿Por qué sigue viva la pasión atávica por destruir al otro?

O.P.: La guerra acompaña al hombre desde que es hombre. Es uno de los componentes del ser humano y de ahí que no sea exagerado hablar de un instinto guerrero. Las religiones, las filosofías y las ciencias han tratado de explicarlo. La teología acude al pecado original y a Caín; el marxismo a la división en clases sociales; Freud a Eros, Tanathos y al sadomasoquismo; Nietzsche a la voluntad de poder; la sociobiología a nuestro pasado animal. Lo cierto es que la guerra aparece en todas las sociedades y en todas las épocas. Es una plaga, hija de la discordia, y es una maldición; es violencia y traición, crimen. También es heroísmo y madre de virtudes como la fraternidad, el valor, la entereza, la paciencia ante el infortunio, la fidelidad. La guerra es ambigua, es creadora y es destructora, es barbarie y es civilización. La Conquista de México acabó con los aztecas y su cultura pero sin ella los mexicanos no serían mexicanos. Tampoco los franceses serían franceses sin Julio César. El poeta Heine cuenta que en su niñez, mientras las tropas de Napoleón ocupaban su nativa Düsseldorf, él oía el redoble del tambor Legrand como un himno de libertad. El ejército extranjero, al mismo tiempo, una fuerza de ocupación y de liberación.

Es verdad que las armas modernas han despojado a la guerra de su aspecto heroico y la han convertido en una operación impersonal de exterminio colectivo; también es verdad que si no hubiera sido por los ejércitos aliados, hoy seríamos súbditos de Hitler y sus nazis... Vuelvo al punto de partida de esta reflexión: es imposible acabar con el instinto guerrero. Los instintos no mueren: se transforman. Y esto es lo único que podemos hacer con el instinto de lucha. En primer término, controlarlo a través de una organización política internacional más sabia y justa que las anteriores. Enseguida, y sobre todo, canalizarlo y sublimarlo, transformar su furia destructiva en pasión creadora. Tenemos que hacer con el instinto guerrero lo que hemos hecho con los poderes de la sexualidad. Los animales viven con plenitud su sexualidad pero no la modifican ni la cambian: obedecen a su instinto. Los hombres hemos cambiado y sublimado nuestra sexualidad; la hemos convertido en rito, pasión, imagen, teatro, ceremonia y así hemos creado un dominio distinto y puramente humano: el erotismo. Transformar el instinto de lucha exige un cambio muy profundo en la conciencia de los hombres. Es algo difícilísimo, no imposible. No soy enteramente pesimista: el hombre es el único animal que cambia.

J.C.: Al lado del regreso de los nacionalismos y de la amenaza permanente de la guerra ¿no le parece que el otro gran peligro, quizá el mayor, es el ecológico?

O.P.: Sí... pero antes de contestarle, déjeme decirle que la palabra *ecología* cubre distintos temas que es indispensable distinguir con un poco de precisión. Por ejemplo, el excesivo crecimiento demográfico en las naciones subdesarrolladas (el ejemplo más claro es mi país, México) obedece a causas distintas a las de la contaminación en la atmósfera de las grandes ciudades modernas. La aglomeración humana es uno de los factores de la contaminación pero no es el único: a su lado hay que citar esos focos de infección que son los automóviles y los desechos industriales. Las variaciones en el clima y el "efecto de invernadero", para citar otro ejemplo, no son consecuencia del subdesarrollo sino más bien del

superdesarrollo. Podría mencionar otros casos, pero creo que sería ocioso. Es claro que al hablar de ecología debemos ser precisos y no caer en las facilidades del lugar común.

El discurso ecológico, por razones fáciles de comprender, puede degenerar en demagogia y en manipulación política. Las ideologías vencidas regresan a nuestras mesas de debates bajo la máscara de la ecología. Muchos de los discursos pronunciados en Río de Janeiro me parecieron abusos de lenguaje y me recordaron, unos, la retórica populista tercermundista y, otros, las diatribas y las jeremiadas de los reaccionarios. En busca de chivos expiatorios, unos culpan al imperialismo y otros a la ciencia. Hay que defender a la justa causa ecológica de la demagogia política de algunos de sus voceros. También de la beatería de otros. Por ejemplo, lef hace poco que un grupo francés se opone a los trabajos de restauración de los jardines de Le Nôtre porque esas obras requerirán talar algunos árboles. ¡Qué ridiculez!... Dicho esto, agregó que la gran novedad histórica de este fin de siglo es la aparición de la conciencia ecológica. Es un movimiento que tendrá una importancia análoga a la que tuvo el feminismo hace veinticinco años. El feminismo cambió muchas de nuestras actitudes tradicionales y lo mismo ocurrirá con el ecologismo.

J.C.: ¿En qué sentido le parece importante el movimiento ecologista?

O.P.: Su importancia reside en que se propone cambiar nuestra actitud ante la naturaleza y restablecer lo que podríamos llamar "la fraternidad cósmica", rota con el advenimiento de la era moderna. Ese fue el sentido de mi pequeño discurso en Estocolmo, hace dos años.

J.C.: Y el sentido de su poema, "Hermandad", dicho la otra noche, en Madrid, en la Residencia de Estudiantes:

Soy hombre: duro poco
y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
las estrellas escriben.
Sin entender, comprendo:
también soy escritura
y en este mismo instante
alguien me deletrea.

O.P.: Muchas de las amenazas en contra del mundo natural, aunque no en el caso de la explosión demográfica ni en el de la destrucción de los bosques por los campesinos, provienen del uso inmoderado de la tecnología moderna. Generalmente se culpa al espíritu de lucro, es decir, al mercado, de esta depredación tecnológica. Es verdad, aunque no podemos ignorar que los mayores desastres ecológicos han sido obra de los gobiernos comunistas en la Europa Central y en la antigua Unión Soviética. Debemos encontrar (y pronto) métodos democráticos para impedir estos y otros males. No propongo, claro, abolir al mercado ni someterlo al Estado. Sería suicida. Es un mecanismo eficaz y sin él la vida económica se estancaría. Pero hay que decir, asimismo, que el mercado provoca graves desigualdades y muchas injusticias. Además, es el responsable de una lacra moral y psicológica que degrada a nuestras sociedades: la sustitución de los valores —éticos, afectivos, estéticos, políticos— por el precio. Las cosas y los hombres no tienen ya valor: tienen precio. Mejor dicho: la valía se mide por el precio: ¿cuánto cuesta

un Rembrandt y cuánto una campaña política? ¿Cuánto le pagan al director de orquesta?

J.C.: ¿El mercado es responsable de la destrucción del medio ambiente?

O.P.: Sí, pero no es el único responsable, como no lo son la explosión demográfica o la sed de tierras de los agricultores. La causa original, la raíz, es más antigua: nuestra actitud ante la naturaleza. La modernidad no comenzó con el mercado sino con un gran cambio espiritual que se inicia en las conciencias con el nacimiento de la ciencia y la técnica. Para la Antigüedad pagana la naturaleza estaba poblada por dioses y semidioses; más exactamente, las fuentes, las colinas, los bosques y las rocas, eran dioses: un río era un tritón; un lago, una náyade; un árbol, una dríada. El cristianismo le retiró al mundo su aureola divina: la naturaleza fue naturaleza caída, como el hombre. Sin embargo, era obra de Dios, su creación. Además, siguió siendo el teatro de lo sobrenatural y de lo prodigioso: la roca, golpeada por la vara de un santo, arroja un chorro de agua; el rosál florece en el desierto; el agua de la fuente devuelve o quita la memoria; la gruta es la casa del dragón y la montaña es la del ogro. La edad moderna desacralizó a la naturaleza: los alquimistas y después sus herederos, los científicos, comenzaron a manipular las propiedades de los elementos. La naturaleza dejó de ser un teatro de prodigios para transformarse en un campo de experimentaciones. O sea: en un laboratorio. Al mediar el siglo XIX el poeta Nerval, ante el espectáculo de un cielo deshabitado, sin los dioses ni los ángeles de antaño, no encontró otro adjetivo para calificarlo que llamarlo *desierto*. Lo que no sabía es que ese cielo vacío no tardaría en poblarse con máquinas... Fin del primer episodio.

J.C.: ¿Y el segundo?

O.P.: Se pensó que el conocimiento de las leyes de la naturaleza nos daría la llave para dominarla, explotarla y ponerla a nuestro servicio. Esta creencia fue inmensamente popular durante más de dos siglos. Fue compartida lo mismo por Adam Smith que por Carlos Marx, por Henry Ford que por Lenin. La creencia en el progreso se funda, justamente, en la idea de la dominación de la naturaleza por la ciencia y la técnica. Creencia no enteramente equivocada a juzgar por sus frutos, a un tiempo admirables y abominables. Sin embargo, los hombres olvidaron algo esencial: dominar a su propia naturaleza. Ahora bien, ¿cómo se atreve el hombre a dominar a las fuerzas naturales si no se puede dominar a sí mismo? Al tocar este tema debo decirle que me aparto en dos puntos de la filosofía de algunos ecologistas. El primero se refiere a su concepción de la naturaleza como una potencia creadora únicamente benéfica. También es terriblemente destructiva y maléfica: temblores de tierra, huracanes, inundaciones, incendios, sequías, virus, epidemias. La naturaleza es a un tiempo creadora y destructora; mejor dicho, para ella creación y destrucción son lo mismo. Los antiguos, al divinizarla, no ignoraron nunca su faz terrible, su inmenso poder de destrucción. La temían y, para apaciguarla, le ofrecían sacrificios. El otro punto de desacuerdo se desprende del primero: el hombre es un producto, un hijo de la naturaleza; de ahí que sea, simultáneamente, creador y destructor. Ni las grandes religiones —el cristianismo, el budismo, el islamismo— ni las filosofías clásicas ocultaron nunca los aspectos terribles de la naturaleza humana; al contrario, los resaltaron y previeron

los desastres que pueden causar al desencadenarse. Nosotros, sin embargo, nos negamos a reconocer que la fuente de las iniquidades está en el hombre mismo y no únicamente, como se alega con frecuencia, en las circunstancias sociales e históricas. El hombre no sólo es hijo de las circunstancias: es su cómplice. La modernidad se propuso someter a la naturaleza; en parte lo consiguió (aunque su victoria, como ahora vemos, fue pírrica); en cambio, no sometió al hombre ni a sus pasiones.

Una y otra vez, a lo largo de la historia, el pecado de desmesura, la *hybris*, se paga con un castigo proporcional a la falta. Hoy el castigo es terrible, como corresponde a la enormidad de nuestra falta. Después de apenas dos siglos de insensata "dominación" de la naturaleza, descubrimos que los recursos del planeta son finitos, es decir, que el "progreso" tiene un límite; enseguida, que hemos puesto en peligro el equilibrio natural y que amenazamos en su centro mismo a la vida. La conciencia ecológica, con su apasionada defensa de la naturaleza y su afirmación de la fraternidad universal, de los infusorios a los astros (vieja creencia de todos los poetas), implica en su dimensión más profunda una *gran mea culpa* y una crítica radical de la modernidad y de sus supuestos básicos. El movimiento ecologista confirma lo que algunos nos habíamos atrevido a sostener desde hace más de un cuarto de siglo: el fin de la modernidad y de su visión del tiempo como un proceso unilineal, identificado con el movimiento ascendente de la historia. Asistimos al crepúsculo de la religión del futuro, sol del progreso. Vivimos el fin de la modernidad y el comienzo de otro tiempo.

UN TIEMPO TODAVÍA SIN NOMBRE

J.C.: ¿Cómo llamaría usted a nuestro tiempo?

O.P.: La época que comienza no tiene nombre todavía. Ninguna lo ha tenido antes de convertirse en pasado. El Cid no sabía que vivía en la Edad Media ni Cervantes en el Siglo de Oro. Llamar "postmoderno" a nuestro tiempo es una simpleza, una ineptia intelectual. ¿Cómo llamarán al tiempo que venga después: post-postmoderno? Aunque sin nombre, el nuevo tiempo empieza a tener cara. En sus comienzos, el siglo XX fue juvenil, rebelde, irreverente, amante de la novedad; hoy se confía menos en los valores de la juventud, la novedad se ha convertido en un rito mundano y la vanguardia es una especulación mercantil. Nuestro tiempo no es irreverente sino indiferente. Narciso ha reaparecido, se mira en el espejo... y no se ama. En nuestro mundo la conformidad y la pasividad conviven con el egoísmo más despiadado y el individualismo más obtuso. La técnica ha uniformado los gustos y las costumbres pero no ha extirpado a las pasiones que dividen a los hombres: la envidia, las rivalidades, el horror o el desprecio a los extraños. Claro, no todo ha sido negativo. La amenaza totalitaria ha sido vencida, somos más tolerantes que hace treinta años, las mujeres han aparecido en la vida pública —signo de verdadera civilización, según Fourier— y, en fin, hemos aprendido a convivir más libremente con nuestros cuerpos y los de los otros... Aunque podría continuar, prefiero subrayar que hay un rasgo que distingue a nuestro tiempo o, más exactamente, al tiempo que comienza: su crítica de la modernidad y del tiempo lineal. Vivimos el ocaso del culto al futuro. Mi convicción, lo he dicho muchas veces,

es que la figura central de esta nueva visión del tiempo es el ahora, el presente. No en un sentido vulgarmente hedonista; veo al presente, al hoy, como el punto de convergencia de los tres tiempos y de las dos vertientes de la existencia: la sombra y la luminosa, la vida y la muerte. Todo pasa y ese hoy es un *siempre*. El ahora es lo que está pasando y lo que nunca acaba de pasar enteramente. La física moderna ha hecho del espacio una dimensión del tiempo; yo me atrevo a pensar —o, más bien, a imaginar— que el presente es también presencia. Como este tema requiere otra conversación, me detengo y vuelvo a mi afirmación inicial: vivimos una vuelta de los tiempos.

J.C.: No es la primera vez que usted, a propósito de temas más bien de orden histórico y filosófico, cita a la física moderna. Es curioso.

O.P.: Más que curioso es natural. Los físicos son los únicos, en la época moderna, que se hacen las preguntas que la filosofía ha dejado de hacerse. Me refiero a las preguntas sobre el origen del mundo, sobre el tiempo y el espacio, sobre la armonía o el caos del universo. Los físicos se hacen las mismas preguntas que se hicieron los filósofos presocráticos, fundadores del pensamiento occidental. Vuelven así a los grandes temas de la cosmología. No sabemos, a ciencia cierta, de qué hablan los filósofos contemporáneos; en cambio, sí sabemos con claridad de qué hablan los físicos, aunque a veces no logremos entender del todo sus respuestas. Es admirable y estimulante.

J.C.: ¿Cómo se refleja, en el dominio de la política, este cambio en nuestra visión del tiempo?

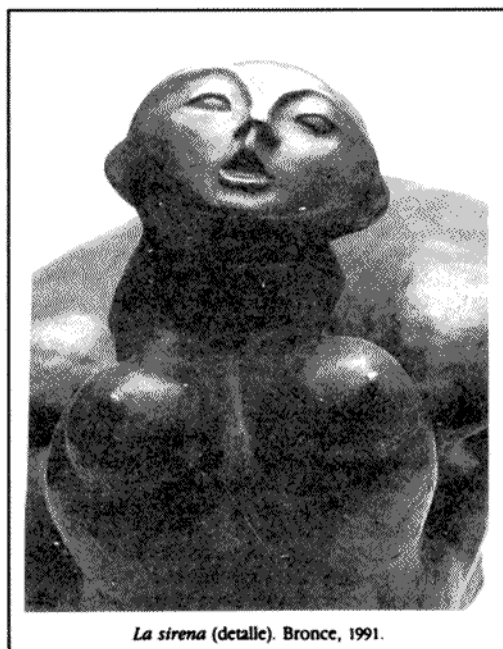
O.P.: La política, como juego y lucha entre personas y partidos, no ha sido tocada aún por esta mutación, aunque sí es perceptible el desgaste tanto de las ideas como de las personas. Para nadie es un secreto que la clase política, lo mismo en Europa que en los Estados Unidos, vive días difíciles. Se ha empañado la imagen de los políticos y de los partidos. En la esfera de las ideas y las creencias, son ya muy claros los efectos del cambio. El derrumbe del marxismo, última doctrina política metahistórica, significa el desvanecimiento de todas esas ideas y doctrinas que atribuían un designio a la historia. El verdadero cadáver intelectual de nuestro tiempo no es el del marxismo sino el de la idea de la historia como depositaria de una mítica ascendencia. Una trascendencia orientada no hacia la vida ultraterrena sino hacia el futuro. La caída del comunismo burocrático no sólo fue la derrota de un sistema inicuo de dominación sino la de una doctrina que se presentó como la herencia y la superación de la filosofía de la historia de Hegel. Con el materialismo histórico se han esfumado las otras filosofías de la historia. Ha ocurrido algo semejante, aunque en escala mucho mayor, a lo que sucedió en el siglo pasado con la "filosofía de la naturaleza", que fue demolida precisamente por las ciencias de la naturaleza. Todo esto ha dejado un gran vacío.

J.C.: ¿Cómo llenarlo?

O.P.: No lo sé. Los fundadores de la filosofía política moderna se hicieron preguntas esenciales sobre la justicia, la libertad, la naturaleza del Estado, la legitimidad de la propiedad, la democracia, la fraternidad, la paz y la guerra, los derechos de los individuos, la igualdad... Algunas de las respuestas que dieron a esas preguntas son ya parte de nuestra cultura política e incluso de nuestras instituciones. Otras fueron funestas,

delirantes o irrealizables. Hoy nadie cree que el secreto de la construcción de la sociedad perfecta esté en Adam Smith o en Carlos Marx, en Locke o en Rousseau. Sin embargo, las preguntas que ellos se hicieron no han envejecido. Necesitamos nuevas respuestas a las viejas preguntas. Las jóvenes generaciones tendrán que construir una nueva filosofía política. Los fundamentos de ese pensamiento serán, sin duda, los de nuestra tradición moderna. Pienso en la tradición liberal y en la socialista, pienso en las visiones de Fourier y en la lucidez de Tocqueville. Por último, creo que el pensamiento político de mañana no podrá ignorar ciertas realidades olvidadas o desdenadas por casi todos los pensadores políticos de la modernidad. Hablo del inmenso y poderoso dominio de la afectividad: el amor, el odio, la envidia, el interés, la amistad, la fidelidad. Es bueno volver a los clásicos para apreciar la importancia del influjo de las pasiones en las sociedades. Este fue, precisamente, el título de un pequeño y admirable libro de Madame de Staël, escrito después de los años terribles de la Convención y el Directorio. Si se quiere saber lo que significan la ambición, la envidia o los celos, nuestros sociólogos deberían leer o releer *Macbeth*, *Otelo*, *Hamlet*. Y lo que digo de Shakespeare puede extenderse a Balzac, Stendhal, Tolstoi, Galdós. Y, claro está, a Dante y a Milton, a Quevedo y a Machado, a Hugo que profetizó los Estados Unidos de Europa. El nuevo pensamiento político no podrá renunciar a lo que he llamado "la otra voz", la voz de la imaginación poética. La vuelta de los tiempos será el tiempo de la reconquista de aquello que es irreductible a los sistemas y las burocracias: el hombre, sus pasiones, sus visiones. □

Beaulieu-sur-mer, a 9 de julio de 1992.



La sirena (detalle). Bronce, 1991.